



Toni, el Negre (1949 – 2019)

Por Jaume Garcia

¡Vaya síntesis! ¡Toda una vida condensada en un guion! “Che, que ese no es mi número de teléfono”, diría él riéndose y haciendo que los demás se riesen también. Toni podría decirlo con acento del Cabañal, la Malvarrosa o la Patacona, da lo mismo. “Cuando un amigo se va, queda un espacio vacío que no puede llenar la llegada de otro amigo”, decía el poeta.

A Toni lo contratamos como montador. Venía de la Naval de Levante, donde trabajaba metiendo motores en la barriga de los barcos, respirando lo irrespirable, hasta que se pudo dedicar aquí a otro trabajo más salubre y menos salobre. Sobre todo, a tratar con personas, que era lo que a él le gustaba y se le daba bien. Se notaba cuando tenía una duda, pues se rastrillaba el cabello con la mano izquierda. Era muy sutil, pero los que le conocíamos le teníamos cogido el truquillo. Lo esperábamos. Le llamaban el Negre por su intensa coloración morena. Nosotros siempre le llamamos Monfort, Toni Monfort.

El humor era su mejor cualidad. A él y a mí nos gustaba discutir sobre cuál de los dos la tenía más grande, para acabar explicando a los demás que se trataba de nuestras respectivas naranjas prostáticas, claro.

En sus discursos políticos, solía tener razón: nuestro idioma común debería llamarse *llemosí* (lemosín, dialecto del occitano, tal como se decía en el siglo XIII), y así se evitarían suspicacias soberanistas. Ni catalán ni valenciano. Por lo demás, preferíamos obviar los temas políticos que dividen y optábamos por los que nos unían. Mi amigo era de una estatura considerable, un don que los dioses suelen conceder a aquellos a los que gusta el baloncesto.

Toni enviaba mensajes anónimos a su nieto, Miguel, para incentivarle. Yo decidí imitarle y lo hago también con los míos, para tratar de incitarles, infructuosamente, a que lean un poco más, enviándoles libros desde lugares exóticos y cartas en inglés de remitentes desconocidos.

Su esposa, Maruja, tenía una mala salud de titanio. Parecía claro que no duraría mucho, pero él se adelantó a todos. Hasta en eso nos sorprendió el Negre. Un día le pedí que se encargase de explicar unos cuantos chistes en mi entierro, sobre cualquier tema, sin limitaciones, acompañados de unas cervezas, para elevar el ánimo y procurarme una despedida alegre, acompañando a unas cervezas. A ningún otro amigo lo imaginaba yo a la altura de ese encargo, y él aceptó. Poco podría imaginarme que Toni, más joven que yo, emprendería el vuelo tan pronto. Compartí con él cuál es la canción que querría para mi despedida y él me confió también cuál era su favorita: *Gracias a la vida*. Lógico, tenía que ser esa. Cumplí su petición.

Toni tenía una fina sensibilidad. Felicitaba personalmente a los clientes el día de su cumpleaños. Y, para que nadie pensase que hacía regalos interesados, les pedía que fuesen ellos los que le invitasen a un café. Hay que ser muy listo para hacer eso. Un día que se olvidó del cumpleaños de alguien en concreto, en lugar de disculparse sin más,



¿saben lo que hizo? Le dijo: “Che, la semana pasada fue tu cumpleaños. ¿Verdad que siempre te felicito? Pues podrías haberme llamado para preguntarme si no me estaba olvidando de algo, ¿no, *cabronasso*?”. Con él, las risas compartidas eran el regalo. Por cierto, él reía siempre en “ji”, como otros ríen en “ja” o en “je”. No importa. Lo relevante es que una risa sea contagiosa. Y la suya lo era.

Para él, el trabajo tenía que ser un incentivo para la risa. Un día me llamó por teléfono y me dijo: “Jaume, hoy aún no me he reído”.

Mal asunto. No le hizo falta decir nada más, se entendía a la perfección lo que quería decir y lo que no. “Toni, te diré lo que vamos a hacer. Sales ahora mismo y compras un billete de lotería, me dices el número y te pago yo la mitad. Mañana te coges el día libre y te vas con la Maruja de fiesta, ¿vale? La empresa paga. Comida, cine, lo que decidáis que os apetece. Y luego me lo explicas, ¿me oyes?”. Recordó y agradeció esa respuesta hasta su último día.

Tenía un ángel de la guarda viviendo de copiloto en el coche, para su uso exclusivo, pues era un conductor infame. Retiraba las dos manos del volante para explicar algo, increpaba a su interlocutor con sus apasionados argumentos y su voz siempre alta, mientras que su víctima y acompañante miraba con horror el tráfico e intuía las imprecaciones de los demás conductores, además de anticipar el próximo e inevitable choque. Jamás tuvo un accidente.

Al salir de una reunión, fuimos en grupo a comer a un restaurante cualquiera. Caímos en uno un poco finolis. Todos hicimos nuestro pedido. Toni estaba un poco desganado, no le apetecía nada de la carta, así que pidió una tortilla “de *caraelles*”.

El maître, impávido, se hizo el entendido:

- Me ha dicho de *caraelles*, ¿verdad?

- Sí, de *caraelles*.

A los pocos minutos, volvió de la cocina:

- El señor me encargó una tortilla de gambas, ¿verdad?”

- No, no, de *caraelles*.

- Ah, bueno.

Volvió a la cocina. Se notaba que no sabía de qué le estaban hablando, pero un gran maître como él no quería rebajarse a preguntar que eran las “*caraelles*”. Nosotros, que tampoco sabíamos de qué hablaba Toni, pero le conocíamos bien, nos estábamos desternillando por dentro. Nuestro amigo seguía a su aire, ajeno al apuro del maître, hablando a discreción. El hombre interrumpió de nuevo:

- El cocinero dice que hoy no tenemos *caraelles*.

- ¡Pero si son patatas! ¡Ustedes lo llaman así, tortilla de patatas!

El jolgorio fue general. Y así aprendimos una nueva palabra en nuestro idioma.



En lo que al tema culinario se refiere, cuando le encargábamos a Toni que nos hiciese una paella, traía el agua de su tierra, las trébedes, el arroz de la albufera, *bachoquetas*, *garrafons*, el butano e incluso un láser para equilibrar la línea de flotación del conjunto. Eso nos abría las expectativas de un gran espectáculo culinario, un rito ceremonioso, pues hacía unas paellas de un nivel superior. A escondidas, si veía que faltaba líquido, como toque final, echaba con fruición su cerveza para alegrar el guiso. Yo le llamaba el toque Monfort.

Al principio, Toni no era un gran lector, pero luego se transformó en un devorador de libros. Tomaba notas y las enviaba a los demás, con una escritura amontonada, propia de quien piensa mucho más rápido de lo que escribe. Tenía un enorme afán por aprender. Llevaba recortes, mencionaba citas, memorizaba conceptos. Eso sí, su caso confirma que los buenos vendedores (Jesucristo, Sócrates, Toni) no suelen ser buenos escritores.

En las reuniones, aprendí a sentarlo siempre cerca de mí, pues él solía ponerse en el fondo y allí, con sus comentarios sarcásticos por lo bajini a sus vecinos, me hacía perder el hilo de la argumentación. Teniéndolo al lado, le obligaba a estar atento. Él no hacía nada de mala fe, sencillamente, era un *pacontraria* nato. Con sus intervenciones y reflexiones, decía lo que otros pensaban y ayudaba a aclarar conceptos. Se ganaba así también el aprecio de los demás.



(foto J. Antonio Otegui. Toni y el rall en la Malvarrosa)

Hasta las llisas (mújol) le echaran de menos en las mañanas doradas de la Malvarrosa cuando él iba temprano a echar el rall (arte de pesca con los pies en el agua, tirando la red desenroscando bruscamente el torso y estirando los brazos, o sea, algo difícil de hacer) y los peces salían a saludarle, saltando como siempre, jugando con él. Le extrañarán.

Estuve con él despidiéndome en el hospital, el día anterior de su ida, (de “vida” a “ida” va tan poco...) comprobé todo lo que se puede decir con solo un largo apretón de manos, sin decir nada. El tacto es el sentido del alma, nacemos desvalidos, transmite apego, produce alimento y también es el último afecto que nos queda en la despedida. No quise ir a su



entierro, me resistía a creerlo. Sólo me venía en mente la frase de nuestro jefe: “La vida es dura, corta y bella” y ese momento era el duro. Se rodeó de su familia en esos últimos momentos. Seguro que tuvo alguna ocurrencia en el último momento que les hizo sonreír.

El mundo perdió a una buena persona y eso es muy lamentable. Como decía su paisano: “Por doler me duele hasta el aliento”. Los atardeceres rosados de la Albufera serán un poco más tristes y menos luminosos, porque él volvió al infinito donde nos encontraremos todos. Él nos diría:

-Che, me contrataron de montador y descendí hasta delegado.